

Capítulo 6

Museos provinciales y redes de intercambio en la Argentina

Susana V. García

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

LOPES, MM., and HEIZER, A., orgs. *Colecionismos, práticas de campo e representações* [online]. Campina Grande: EDUEPB, 2011. 280 p. Ciência & Sociedade collection. ISBN 978-85-7879-079-0. Available from SciELO Books <<http://books.scielo.org>>.



All the contents of this work, except where otherwise noted, is licensed under a Creative Commons Attribution-Non Commercial-ShareAlike 3.0 Unported.

Todo o conteúdo deste trabalho, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença Creative Commons Atribuição - Uso Não Comercial - Partilha nos Mesmos Termos 3.0 Não adaptada.

Todo el contenido de esta obra, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Unported.

6.

Museos provinciales y redes de intercambio en la Argentina

Susana V. García¹

Museos provinciales y redes de intercambio en la Argentina

En 1929, el norteamericano Laurence V. Coleman tras una gira de ocho meses por Sudamérica patrocinada por la *American Association of Museums*, publicó un inventario y una breve descripción de los principales museos de los países visitados. El viaje de Coleman se inscribía en una larga tradición de viajes para estudiar museos y otras instituciones científicas (Podgorny, 2009), pero también apuntaba, publicar una lista de museos para posibles intercambios. En ella, la Argentina figuraba con 29 museos estatales – nacionales, provinciales, municipales o universitarios- y uno privado sostenido por la Sociedad Rural Argentina (Coleman, 1929). Si bien la lista no era completa, daba cuenta de las instituciones más activas, conocidas por sus publicaciones, trabajos o la importancia de sus colecciones. En la Capital Federal se concentraban la mitad de ellos; el resto se ubicaba en nueve de las capitales provinciales y en las ciudades de Luján y Rosario. Los museos provinciales comprendían instituciones dedicadas a las bellas artes o, en menor medida, a la historia. Otros acervos –lejos de especializarse- incluyeron objetos de ciencias naturales, piezas arqueológicas, etnográficas, históricas y productos industriales, enfatizando en el carácter “regional” de sus colecciones. Varios de ellos estaban al servicio de las escuelas y dependieron inicialmente de los consejos escolares provinciales. Los museos denominados “regionales” e histórico-coloniales se expandirían a partir

1 CONICET - Museo de La Plata, Facultad de Ciencias Naturales y Museo-UNLP (Argentina).
E-mail: garcia_su@yahoo.com.ar

de la década de 1930 en distintas poblaciones del país. En este trabajo se busca examinar algunos aspectos generales de la historia de esos museos, su participación en los circuitos de difusión y de intercambio científico y las prácticas de coleccionismo local en relación con las propuestas educativas, culturales y científicas de la época.

La expansión de museos y la promoción de lo “regional”

Al iniciarse el siglo XX el panorama sobre los museos provinciales no era muy alentador. En su calidad de naturalista viajero del Ministerio de Agricultura de la Nación, Eduardo Holmberg (hijo) había tenido la oportunidad de visitar los museos de Paraná, Corrientes y Córdoba, donde el panorama de abandono se repetía en las tres instituciones surgidas a fines del siglo XIX de las alianzas circunstanciales entre los coleccionistas y los gobernadores de turno (Podgorny y Lopes, 2008). En estos casos, la constitución de museos estuvo ligada al pasaje de una colección privada al dominio del estado provincial y el nombramiento del coleccionista como director del mismo. Como señala Podgorny, el optimismo de supervivencia de los estudiosos de la historia natural en la Argentina, los había llevado a pensar en la pronta posibilidad de la existencia de un museo por cada capital provincial, aunque rápidamente ese optimismo se desvanecía al igual que los apoyos y recursos al cambiar los funcionarios de turno. En 1902, Holmberg cuestionaba la existencia de estos museos y proponía transformarlos en otros específicamente regionales, para su aplicación a las actividades productivas locales (Holmberg, 1902). Este diagnóstico retomaba un tópico insinuado años atrás por algunos naturalistas, docentes y funcionarios escolares, quienes ya habían pregonado la necesidad de reemplazar el estudio de una supuesta naturaleza transnacional por el examen de los especímenes del país y del entorno de sus habitantes. Iniciativas tales como los llamados “museos escolares” se dirigieron inicialmente hacia la promoción del estudio de la naturaleza local y los recursos productivos con los que contaba el país, promoviendo, al mismo tiempo, las prácticas de coleccionismo entre alumnos y docentes (García, 2007; 2010). Más allá de la declaración de principios, la formación de museos en las escuelas tropezaría con problemas vinculados a la catalogación, conservación y uso de los objetos recolectados. Una de estas soluciones fue la creación de una red de museos escolares y un museo central, desde donde se enviarían instrucciones para organizar las colecciones,

dirigir la recolección de especímenes en cada región y su posterior clasificación y redistribución entre las escuelas. En la transición del siglo XIX al XX, las iniciativas al respecto fueron de corta vida, pero esa idea seguiría apareciendo como una propuesta novedosa durante las siguientes décadas.

Para 1910, los materiales del Museo provincial de Entre Ríos se había incorporado a la Escuela Normal de Paraná y los del de Corrientes a una escuela primaria. Al año siguiente se decretaba el traspaso a una escuela de los objetos de historia natural del Museo Politécnico de Córdoba, donde se mantendrían, en cambio, los materiales históricos y de bellas artes (Agüero, 2009). En los siguientes años se propondrían varios proyectos para la reorganización de esa institución, dando lugar en 1919 a la creación de tres museos: de Bellas Artes, Histórico-Colonial y de Ciencias Naturales. Este último tardó varios años en organizarse y sufrió sucesivas reestructuraciones. Este proceso de división de los acervos de los museos provinciales para dar origen a instituciones más especializadas se repetirá posteriormente en otros museos surgidos a partir de la década de 1910. En estos años, nuevamente se observa un impulso por la creación de museos en las capitales provinciales y un énfasis en el carácter regional que debían tener los mismos.

En 1911 la Dirección General de Escuelas de la Provincia de Mendoza resolvió crear el Museo General Regional, denominado en 1914 "Museo Educacional", momento en que se instala en un edificio construido en 1910 para un jardín de infantes, donde permaneció cerca de cuatro décadas. Su primer director hasta 1923 fue el profesor y naturalista chileno Carlos Samuel Reed, quien desde su llegada a la provincia en 1908 promovió la creación de un museo y las prácticas de formar colecciones de historia natural. Aunque inicialmente fue una institución dedicada al servicio escolar, también se realizaron expediciones arqueológicas y se reunieron colecciones de la fauna y flora de la provincia a partir del trabajo de su director y colaboradores. Reed confeccionó folletos y dio conferencias sobre preparación de insectos y cómo formar museos escolares. Asimismo, dio a conocer las colecciones faunísticas y antropológicas del Museo a través de catálogos y artículos en diarios mendocinos y en el Boletín de Educación provincial. La sección botánica estuvo a cargo del profesor Renato Sanzin, quien herborizó en los alrededores de la ciudad y en la cordillera y remitió al Instituto Darwinion de Buenos Aires parte de las colecciones reunidas para su determinación (Hicken 1923). El envío de ejemplares para su clasificación a los centros científicos de Buenos Aires y La

Plata fue una práctica común entre coleccionistas y aficionados de varios museos del interior y promovida desde los centros académicos metropolitanos.

En otras provincias, las autoridades educativas apoyaron la creación de museos, especialmente pensados como auxiliares del sistema educativo. En 1914, la Inspección General de Escuelas de Santa Fe creó el Museo Escolar de Ciencias Naturales "Florentino Ameghino" con el objeto de ofrecer materiales didácticos y un espacio para el dictado de las clases de ciencias. A fines de 1919, el Consejo Superior de Educación de Corrientes comisionaba al profesor Valentin Aguilar para que visitara los museos de Buenos Aires y La Plata para procurar colecciones y un método de organización para la institución que se proyectaba (Aguilar, 1928). Al año siguiente se fundó el Museo Regional de la Provincia, dirigido por ese profesor y sobre, base de las colecciones y muebles del antiguo museo provincial, sobrevivientes en una escuela aunque sin catálogos ni identificaciones. Este proceso de conformar un nuevo gesto fundacional apelando al reciclaje de los vestigios de viejas creaciones se repetiría en otros museos. En el caso de la capital entrerriana, una asociación de estudiantes del Colegio Nacional y la Escuela Normal creó un Museo Popular en 1917. En 1924, uno de sus socios fundadores, Antonio Serrano, para entonces docente, aficionado a la arqueología y vocal del Consejo de Educación provincial, propuso a esta entidad crear el Museo Escolar Central y la donación de los materiales del emprendimiento museístico juvenil (Badano, 1947). Al igual que en otros casos, el gestor de la donación asumiría la dirección de la nueva institución. Para los naturalistas y arqueólogos de las provincias, el sistema escolar fue un punto de apoyo para la conformación de lugares de trabajo, posibilidades empleo o un público interesado en sus actividades y obsesiones. Como en Mendoza, los museos de Corrientes y Paraná (Imagen I), se instalaban en los subsuelos de los grandes edificios escolares construidos en la época del Centenario. Además, las vinculaciones con el sistema educativo les permitieron ampliar las redes de colaboradores y recolectores de materiales en zonas alejadas.



Imagen I: Escuela del Centenario, donde funcionó el Museo de Paraná entre 1924 y 1999, ocupando varios salones del subsuelo.

En 1916, en el marco de los festejos del centenario de la Independencia realizados en el norte del país, se inauguraran otros museos, como el Museo de Historia Natural de Tucumán, cuya creación había sido decretada años antes sin efectivizarse. Poco después este museo fue incorporado a la Universidad de Tucumán, prestando servicios a la enseñanza universitaria y funcionando como un centro regional de investigaciones científicas, pero también abierto al público. Paralelamente en Salta, la sociedad provincial de fomento "Unión Salteña" logró que el gobierno local decretase en junio de 1915 la creación de un museo dedicado a exponer los productos y riquezas del suelo de la provincia, un proyecto que venía fomentando uno de sus miembros: el naturalista danés Cristian Nelson, quien asumiría su dirección por más de treinta años (Piccirilli et al., 1953). También en Santiago del Estero, en 1916 se creaba el Museo Arcaico Provincial, a partir de la donación a la provincia de la colección particular del intendente Alejandro Gancedo (h), un miembro de la elite local, aficionado a la arqueología y conectado a los especialistas de Buenos Aires y La Plata. El gesto político de creación de un museo, amparado en el prestigio que nuevamente cobraban estas instituciones como un elemento de las ciudades modernas, en este caso no sería suficiente para darle vida a una institución o evitar los avatares por los atravesaría.

La emergencia de estos museos en la década de 1910, sería celebrado desde las páginas de la revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, creada en 1911. Durante la primera guerra mundial se acentuaría la importancia de los temas locales de las ciencias, periodo en el cual los congresos internacionales suspenderían sus reuniones, aunque se generarían encuentros de corte americano y nacional. En 1916, esta asociación organizó su primera reunión nacional en Tucumán, donde se haría énfasis en los contenidos argentinos de la enseñanza, la creación de parques nacionales y se aplaudiría la formación de colecciones y museos regionales (García y Podgorny, 2000). Entre ellos, el director del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires, Angel Gallardo, alentaba la creación de estos centros provinciales y la expansión de núcleos de estudiosos de la naturaleza por el interior del país, como el comienzo de un nuevo período de "autonomía científica", que habría de caracterizarse por la "división del trabajo y cooperación colectiva" (Gallardo, 1918-9: 10). Para el director del Museo de Buenos Aires, los museos regionales no debían competir sino armonizar con las actividades de los grandes museos de investigación, reuniendo observaciones *in situ* y constituyendo un espacio de articulación entre los objetos reunidos y las características propias de la zona: "*lo que se ve fuera del museo explica y complementa aquello que se ha clasificado en sus estanterías*" (Gallardo, 1915). También aconsejaba que no fueran solo lugares de exhibición o acumulación de objetos sino además centros de estudio de los materiales estrictamente locales, sin tratar de emular las ambiciones globales y las grandes colecciones de los museos metropolitanos.

En la misma época, escritores como Leopoldo Lugones (1913), oriundo de Córdoba, o Ricardo Rojas (1915), nacido en Tucumán y criado en Santiago del Estero, apoyaron la idea de los museos provinciales como instituciones que podían estimular el renacimiento de las industrias locales, en la medida que exhibieran objetos y productos antiguos de la zona. Entre ello, recomendaban la exposición y vulgarización de motivos indígenas y otros tradicionales en la decoración de tejidos, cueros, alfarería y platería, entre otras artes aplicadas que podrían constituirse en representaciones de la naturaleza local y dar una entrada económica para las mujeres rurales. En la década de 1920, esto se combinaría con las exposiciones escolares, las de artes y tejidos y la difusión de motivos indígenas como rasgos representativos de lo autóctono americano y local. Un movimiento apoyado por la Liga Patriótica Argentina y sectores de derecha.

Las actividades de algunos de estos museos en las provincias incluyeron la organización de muestras oficiales para la presentación de "la alta potencialidad productiva y las grandes riquezas propias de su suelo" en algunas exposiciones nacionales e internacionales. El Museo de Salta, por ejemplo, se organizó como una agencia oficial de propaganda sobre la Provincia y de asesoramiento sobre la potencialidad económica de los recursos del suelo provincial. En otros casos, desempeñaron un papel en la promoción de ciertas localidades como sitios de singular importancia científica o histórica, contribuyendo a ampliar el conocimiento de la distribución de especies animales o vegetales o de yacimientos paleontológicos. A través de las colecciones reunidas y los trabajos publicados por los directores y colaboradores se tendió a resaltar las particularidades de la flora, la fauna, los recursos mineros, el paisaje, los sitios de interés histórico o los restos arqueológicos hallados en el territorio provincial y zonas vecinas como parte de lo "autóctono y pintoresco". Con ejemplo de esto último, se puede mencionar los trabajos de los hermanos Emilio y Duncan Wagner, hijos de un diplomático francés, en torno al "descubrimiento" de una "civilización chaco-santiagueña". En 1923, el Consejo de Educación de Santiago del Estero le concede a Emilio Wagner un sueldo de maestro para clasificar las colecciones de Gancedo y dirigir el Museo Arcaico, sumándose posteriormente su hermano como vicedirector. Como menciona Ana T. Martínez, poco después el Museo atravesó diversos avatares, proyectos frustrados y clausura hasta que en 1927, nuevos hallazgos arqueológicos, notas periodísticas y el apoyo de una asociación cultural generaron la reapertura del Museo y subsidios para expediciones. En esos años, se establecieron estrechas vinculaciones entre esta institución y las escuelas locales, a través de visitas al Museo, conferencias sobre arqueología santiagueña y la organización de talleres de alfarería y tejidos, donde se reprodujeron motivos decorativos de piezas arqueológicas, que se volverían motivos emblemáticos de Santiago del Estero. Esto sería celebrado en los periódicos locales como un emprendimiento económico importante y una contribución a la formación de un "arte esencialmente nacional" (Martínez *et al.*, 2003). Los materiales arqueológicos trabajados por los hermanos Wagner alcanzaron una gran difusión en el país y entre especialistas extranjeros, incorporándose como parte de la representación de la provincia. Aunque en el ámbito científico nacional sus interpretaciones y la entidad cultural propuesta fueron muy cuestionadas en la década de 1930, estas sobrevivieron en el universo escolar y en los círculos culturales locales (Martínez *et al.* 2003; Podgorny, 2004; Gorelik, 2001).

Cierta revalorización de lo “autóctono” y de los productos e industrias locales fueron elementos recurrentes en las declaraciones oficiales y los discursos de legitimación de los museos provinciales y regionales que se fueron organizando en los siguientes años. A pesar de los objetivos institucionales y las declaraciones oficiales sobre el carácter “regional” de las colecciones, esto no excluyó la existencia de un conjunto heterogéneo de materiales de otros puntos del país o del extranjero, en algunos casos como parte de un sistema de referencias o comparación, pero en su mayor parte como resultado de donaciones, canjes o lo reunido por sus directores en sus viajes. Especialmente en los momentos iniciales, la necesidad de llenar las salas hacía que se aceptaran especímenes de procedencia diversa. También se recibieron piezas muy heterogéneas cedidas por los vecinos y miembros de la sociedad local, aun cuando esos objetos trascendían los objetivos del museo. No obstante, su aceptación podía ayudar a generar nuevas donaciones y a legitimar el museo como un producto colectivo de la sociedad local. Esto último, además, se reforzaba con la publicación de las listas de los donantes. Paulatinamente, con expediciones y el trabajo de recolección de los directores, naturalistas adscriptos, taxidermista y otros asistentes de los museos, sumado al tendido de redes de colaboradores locales, se irían conformando conjuntos cada vez mayores de ejemplares de la fauna, la flora y/o restos arqueológicos. Así, en la década de 1930, los museos educacionales de Paraná y Mendoza se transformarían en museos provinciales de ciencias naturales y antropología, al igual que el de Santa Fe en la siguiente década. Los museos provinciales también intercambiaron objetos y publicaciones entre ellos y con los museos nacionales e instituciones científicas de Buenos Aires y La Plata, por lo que también tendrían materiales de distintos puntos del país.

Redes de recolección local e intercambio nacional

Los directores de los museos en las provincias, al igual que los “regionales” que se fomentaron en los territorios nacionales y a nivel de los municipios desde mediados de la década de 1930, formaron parte de redes de trabajo jerárquicas, distribuyendo instrucciones y fomentando las prácticas de recolección y envío de ejemplares entre las poblaciones y las escuelas de la región. En la mayoría de los casos, estos coleccionistas del interior del país participaron de amplias redes de intercambio regional y nacional, conformado un eslabón intermedio entre las instituciones nacionales y los ámbitos más locales. De hecho, muchos de ellos mantenían correspondencia, enviaban ejemplares e intercambian

información o publicaciones con los que se distinguían en el escenario científico nacional e internacional, desempeñando el papel de coordinadores regionales de objetos, información, personas y otros recursos. El control de los objetos dignos de ser coleccionados implicó indicaciones sobre procedimientos, la circulación instrucciones así como una cierta popularización sobre la importancia científica de esos materiales.

Las redes de recolección de muestras de la naturaleza y el pasado local se presentaban como una tarea colectiva modelada por instrucciones circulantes a través de la estructura jerárquica de la administración burocrática, especialmente por medio del sistema escolar y también recurriendo al aparato policial². Para ello se recurría a una forma burocrática muy instalada y utilizada desde la época colonial, como eran las "circulares": formularios, instrucciones o notas de pedido que se distribuían de forma descendiente por la jerarquía burocrática del aparato estatal. Esto, por ejemplo, se puso en práctica en el Museo Regional de Corrientes. En 1921, el director de esta institución solicitó al Ministro de Gobierno para que por su intermedio se mandaran instrucciones de recabar objetos para el Museo a los departamentos de Policía de la capital y las comisarías de campaña. A través de los funcionarios policiales se consiguieron algunas armas y otras piezas que remitían a batallas históricas. Más cantidad de objetos se reunieron a través del sistema escolar: maestros y escuelas remitieron colecciones mineralógicas y piezas arqueológicas e históricas, participando además en el proyecto de conformar un herbario regional. Entre 1922 y 1925 más de 30 escuelas, principalmente rurales, enviaron muestras de plantas, llegándose a formar una colección de 300 especies clasificadas por los especialistas de Buenos Aires y La Plata (Aguilar, 1928). Por su parte, el Museo Escolar Central de Entre Ríos recibió donaciones del personal de cuarenta escuelas de distintos puntos de la provincia entre 1926 y 1927. Asimismo, se obtuvieron monedas antiguas, objetos etnográficos y animales frescos, entre otros materiales donados por estudiantes secundarios, vecinos de Paraná y de otras localidades cercanas. En 1926, por ejemplo, más de 240 personas remitieron objetos al Museo (Serrano, 1927), mostrando la difusión alcanzada por la institución así como la popularización de las prácticas de coleccionismo. Cabe recordar, que la

2 Este recurso fue utilizado por varias instituciones, como por ejemplo, el Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires para el tendido de redes de recolección de piezas entre funcionarios del gobierno y comisarios del noreste del país en la década de 1910 (Pegoraro 2003). Asimismo, la Junta de Historia y Numismática de Misiones recurrió a maestros y policías para reunir objetos del territorio misionero para el Museo Regional organizado en la década de 1940 (Jaquet, 1999).

base de este establecimiento, así como su desarrollo posterior estuvo ligada a algunas sociedades de aficionados, estudiantes y promotores de las ciencias naturales (Badano, 1947). Sin embargo, el entusiasmo por estas prácticas y el Museo, no alcanzó para que se concretaran las promesas de edificio propio realizadas por algunos intendentes de turno y otros funcionarios.

Como en Paraná, otros museos publicaron cartillas para los coleccionistas aficionados, claves de identificación de la flora local, indicaciones sencillas sobre tratamiento y conservación de pequeños animales, formación de museos escolares y material didáctico, ofreciendo además clases de taxidermia. Los animales de la fauna local preparados en estos cursos, servirían además para ofrecer en canje con otras instituciones. En varios casos se reproducirían las cartillas e instrucciones confeccionadas por los naturalistas del Museo de Buenos Aires y la Sociedad Ornitológica del Plata, fundada en 1916, y publicadas por el Consejo Nacional de Educación y los boletines de educación provinciales.

Al iniciarse la década de 1920, las exposiciones de trabajos prácticos y manualidades de escuelas de las provincias y los territorios nacionales cobraron mucho auge y mostraron el papel que la escuela podía desempeñar en el fomento de nuevas industrias y el aprovechamiento de las riquezas naturales del país. Angel Gallardo, por entonces presidente del Consejo Nacional de Educación, consideró que podía ampliarse: *"la misión de la escuela argentina haciendo servir esta vasta organización, esparcida por todos los ámbitos del territorio, como colaboradora en la tarea del reconocimiento científico de las producciones naturales de nuestro suelo a fin de completar el inventario aún imperfecto de nuestra flora, de nuestra fauna y de nuestra gea."* (Gallardo, 1921: 69).

Aunque se reconocía las limitaciones y falta de conocimientos técnicos de los coleccionistas "escolares" frente a los especialistas y naturalistas viajeros, los maestros y alumnos presentaban la ventaja del número, del saber local y el "estar allí" durante todo el año, algo importante especialmente para las observaciones sobre florecimiento y fructificación de ciertas plantas así como distribución y abundancia de diversas especies. Así, mientras *"el especialista coleccionará mejor ciertas formas raras, el coleccionista escolar recogerá ante todo lo más conspicuo y frecuente y sus observaciones resultarán valiosísimas para dar idea de las plantas más abundantes y que mejor caracterizan la fisonomía de cada localidad."* (Gallardo, 1921: 70). De este modo, los coleccionistas escolares podían ayudar a los grandes institutos científicos en los estudios biogeográficos y a trazar las áreas de dispersión de las diversas especies.

En particular, Gallardo propuso comenzar con la formación de herbarios regionales. La botánica aparecía como una "ciencia amable" con varias ventajas para la iniciación científica. La recolección de plantas parecía estar al alcance de todos, no requería instrumentos costosos o una preparación especial como las observaciones geológicas ni el empleo de armas ni técnicas de conservación para reunir animales, aparte que esto último podía generar cierta repugnancia o temor en los niños, o "estimular los instintos de crueldad que la escuela procura combatir". En ese sentido, Gallardo, era consciente de las contradicciones que podían generar en los niños las prácticas de recolección: *"es cierto que el propósito científico justifica la muerte de unos pocos animales, tanto como las necesidades alimenticias, pero de todas maneras puede crear conflictos de conciencia en el niño la contradicción que para él resulta entre el consejo de respetar los nidos y las aves, por ejemplo, y luego la indicación de cazarlas y coleccionar sus huevos."* (Gallardo, 1921: 70-71).

Cabe recordar que en esos años, se estaban difundiendo los programas escolares denominados "Naturaleza", que promovían el estudio y la observación de la naturaleza viva, junto al "amor y respeto" por los animales y plantas, en el marco de un movimiento de protección de la fauna y flora. A pesar de ello, paralelamente se popularizaron instrucciones para que los niños recolectaran insectos, huevos, nidos y otros animales pequeños. Por su parte, los divulgadores de la taxidermia y formación de herbarios aclaraban que estas prácticas, lejos de fomentar hábitos de destrucción de animales o plantas, inculcaban en los estudiantes el amor al estudio de las ciencias naturales, despertando vocaciones por el conocimiento del país y sus fuentes de riqueza. En la década de 1930 se produce una gran popularización de las técnicas y nociones básicas del arte de "conservar animales muertos para que tengan apariencia de vida". Así por ejemplo, en 1934 el curso de taxidermia organizado por el Museo Escolar Sarmiento de Buenos Aires, contó con 345 inscriptos, en su mayoría docentes, y se prepararon más de tres mil ejemplares. Clases de taxidermia y de preparadores también se dictaron en algunos museos provinciales como en Paraná y Santa Fe (Imagen II).



Imagen II: Curso de taxidermia del Museo de Ciencias Naturales "Florentino Ameghino" de Santa Fe. Año 1946.

Muchos maestros y profesores normales participando en la organización de museos en las escuelas y posteriormente en la formación de museos regionales en el interior del país, impulsados desde el Consejo Nacional de Educación durante la década de 1930 y la siguiente (García, 2010), al igual que desde las autoridades educativas y algunos coleccionistas de la Provincia de Buenos Aires (cf. Pupio, 2005). Fue frecuente que una vez creados estos museos se iniciara una campaña de presentación y se entablara comunicación con otras entidades similares del país. Entre ello, se solicitaría a los museos nacionales de Buenos Aires y La Plata reglamentos, fotografías, catálogos y otras referencias que les ayudaran a pensar en la mejor organización de la institución. También pedirían asesoramiento o personal para preparar o montar especímenes, así como publicaciones y colecciones. En varios casos, se observa que cada nueva gestión, desconociendo lo actuado por sus predecesores, insistiría en lo mismo. Los archivos del Museo de La Plata, en cambio, guardaban un registro de lo ya enviado y la colaboración prestada. Las cartas y notas de pedidos archivadas en esta institución, permite observar muchos puntos en común en el desenvolvimiento de esos museos.

Frecuentemente el reconocimiento de objetos o el tratamiento específico de algunas piezas escapaba a las posibilidades y los conocimientos del personal de los museos regionales o de las escuelas. En esos casos se recurría a los especialistas de los institutos científicos de Buenos Aires y La Plata. Los científicos de estas instituciones podía

acceder así a piezas de cierta importancia científica, pero muchas veces se encontraría con objetos carentes de todo interés como los supuestos fósiles enviados a La Plata por el Museo Provincial de Ciencias Naturales de Córdoba en 1945, que resultaron ser restos de caballos y mulas contemporáneos. En otros casos, los jefes de los departamentos científicos del Museo de La Plata, trataron de dirigir las tareas de recolección de materiales, remitiendo indicaciones sobre los ejemplares a reunir y cómo conservarlos y enviarlos a La Plata. En el caso de especies zoológicas, aconsejaban a las escuelas y museos locales que trataran de enviar dos o tres ejemplares del mismo organismo, así el Museo de La Plata los clasificaría y los sometería a los procedimientos adecuados de conservación, reservándose en compensación aquellos ejemplares de interés y devolviendo los ejemplares duplicados, acondicionados para su exhibición y con su nombre científico. De esta forma, los grandes museos retendrían los ejemplares "raros", las piezas únicas o los lugares de interés para las investigaciones de los científicos, enviando a cambio publicaciones, láminas, calcos u objetos duplicados. En varios casos, parecía que ambas partes se beneficiaban con el intercambio, cuyo significado excedía el de los valores canjeados, para inscribirse en el dominio de lo simbólico, donde podían definirse personajes, instituciones, formas de sociabilidad y estrategias de interacción (cf. Achim, 2010). Las respuestas, los canjes o la colaboración con los grandes museos, otros institutos de investigación y especialistas reconocidos, se mencionaban en las memorias de estos museos regionales o provinciales y ayudaban a legitimar estas instituciones como interlocutores o colaboradores de una empresa científica mayor y a revalidar las actividades de sus promotores.

Los museos de distintas partes del país como parte del mecanismo de reciprocidad enviaban diversos objetos e informaciones sobre hallazgos de restos arqueológicos y piezas fósiles, o también ponía a disposición ciertos recursos para las exploraciones de los museos nacionales. Al mismo tiempo, la posibilidad de obtener fondos, apoyos logísticos u otros recursos para algún estudio especial o trabajo de campo también llevó a que los institutos nacionales interactuaran con las locales. La inscripción en estos circuitos de intercambio y colaboración emerge entonces, como un factor importante en el reconocimiento de estos museos locales o regionales en el contexto nacional. Precisamente, aquello que parece darles legitimidad es su inserción en una red de canje de materiales e información más allá de los ámbitos locales. Cabe señalar que la circulación de objetos y datos no fue unidireccional sino que involucró diferentes mecanismos de

reciprocidad e intercambio, así como relaciones de asesoramiento y protección hacia algunos corresponsales y museos de diferentes partes del país, aunque también se generaron casos de competencia y conflicto por ciertas colecciones.

En este trabajo apenas se han mencionado algunos aspectos generales a varios museos que se formaron en el interior del país y las vinculaciones con el sistema educativo, base de sustentación de varias de estas iniciativas. Los organizadores de estos museos y colecciones esperaban que esos materiales enseñaran sobre la naturaleza e historia regional, legitimando tanto un sistema de creencias como las prácticas museológicas de estos coleccionistas y estudiosos locales. En ese sentido, el museo sería presentado como un acto de metonimia para una determinada área, como un microcosmos donde estudiantes, estudiosos y turistas podían conocer los especímenes naturales, la historia y las industrias que se podían encontrar en la región. Sin embargo, el análisis de la materialidad de las exhibiciones, de su tan cuestionada estética o el examen de las declaraciones oficiales y de los informes de los directores de estos museos o sus publicistas no conduce directamente a los múltiples modos de ver e interpretar de los visitantes. En ese sentido, el énfasis en las capacidades y misiones a cumplir por estas instituciones no necesariamente habla de la efectividad de los museos para crear hábitos cívicos o imponer significados. Por el contrario, la insistencia en estos discursos pueden más bien remitir a la debilidad de las mismas instituciones y a la necesidad de apelar a dicha retórica para conseguir los apoyos políticos y presupuestos gubernamentales (Podgorny, 2005). Sin duda, permanece como tarea futura para la historiografía, la posibilidad de reconstruir las experiencias de los distintos públicos y el funcionamiento real de estos museos, más allá de sus momentos fundacionales y de los deseos de sus promotores, pero donde es factible observar el rumbo errático de las instituciones estatales de la Argentina.

Reconocimientos

Los materiales analizados pertenecen al Archivo Histórico y la Biblioteca del Museo de La Plata, a la Biblioteca de la Facultad de Ciencias de la Educación y Humanidades de La Plata y la Biblioteca del Maestro. Agradezco al personal de los Museos de Ciencias Naturales de Santa Fe y de Paraná, por la atención durante mi visita, y a Irina Podgorny por la lectura del trabajo. Este trabajo forma parte de los proyectos de investigación PICT 32111 y PIP 0116.

Bibliografía

Achim, M. (2010) "Setenta pájaros africanos por antigüedades mexicanas: canjes de objetos y la formación del Museo Nacional de México (1825-1867)", *L'Ordinaire Latino-américain*, n°210, pp. 13-32.

Agüero, A. C. (2009): *El espacio del arte. Una microhistoria del Museo Politécnico de Córdoba entre 1911 y 1916*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.

Aguilar, Valentín (1928): *El Museo Regional de la Provincia de Corrientes. De 1920 a 1927*, Corrientes: Imprenta del Estado.

Badano, Víctor (1947) "Museo de Entre Ríos. Su Origen y desarrollo (1917-1947)", *Memorias del Museo de Entre Ríos*, n°27.

Coleman, Laurence (1929): *Directory of museums in South America*. Washington: The American Association of Museums.

Gallardo, A. (1915): "Museos Regionales", *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, II, 6, pp. 395-399

_____ (1918-19): "Los estudios biológicos en la República Argentina". *Primera Reunión nacional de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, Tucumán, 1916*. Buenos Aires: Coni, pp: 1-26.

_____ (1921): "Formación de colecciones de productos naturales. Proyecto", *El Monitor de la Educación Común*, tomo 77, n° 578, Sección oficial, pp. 69-71.

García, S. (2007): "Museos escolares, colecciones y la enseñanza elemental de las ciencias naturales en la Argentina de fines del siglo XIX", *História, Ciências, Saúde – Manguinhos*, vol. 14, n° 1.

_____ (2010): "Museos y materiales de enseñanza en la Argentina, 1890-1940", en: Castilla, A. (comp.): *El museo en escena. Políticas culturales y museos en América Latina*, Buenos Aires: Paidós, pp. 91-109.

García, S. y Podgorny, I. (2000) "El sabio tiene una patria. La primera Guerra mundial y la comunidad científica argentina", *Ciencia Hoy*, vol. 10, n° 55, pp. 24-34.

Gorelik, A. (2001): "Mapas de identidad. La imaginación territorial en el ensayo de interpretación nacional: de Ezequiel Martínez Estrada a Bernardo Canal Feijóo", *Primas*, vol. 5, pp. 283-311.

Hicken, C. (1923) *Evolución de las ciencias en la República Argentina. VII Estudios Botánicos*. Buenos Aires: Sociedad Científica Argentina.

Holmberg, E. A. (1902): "Museos Provinciales y Museos Regionales", *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, pp. 271-274.

Jaquet, H. (1999): *Los combates por la invención de Misiones. Un estudio de la participación de los historiadores en la construcción de una identidad para la Provincia de Misiones, Argentina, 1940-1950*. Tesis de Maestría, Universidad Nacional de Misiones.

Lugones, L. (1913) "El Museo de Córdoba", *La Nación*, 15/7/1913.

Martínez, A. T.; Taboada, C. y Auat, L. A. (2003) *Los hermanos Wagner: entre ciencia, mito y poesía. Arqueología, campo arqueológico nacional y construcción de identidad en Santiago del Estero*. Ediciones Universidad Católica de Santiago del Estero.

Piccirilli, R.; Romy, F. y Gianello, L. (1953) *Diccionario histórico argentino*, Buenos Aires: Ediciones históricas argentinas.

Pegoraro, A. (2003): "Estrategia de formación de colecciones del Museo Etnográfico durante el período 1904-1917. Funcionarios de Gobierno en la recolección de piezas", en: Lorenzano, C. (ed.), *Historias de la Ciencia Argentina I*, Buenos Aires: EDUNTREF, pp. 17-28.

Podgorny, I. (2004): "Tocar para creer": La Arqueología en la Argentina, 1910-1940", *Anales del Museo de América*, N°. 12, pp. 147-182

_____ (2005): "La mirada que pasa: museos, educación pública y visualización de la evidencia científica", *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, v. 12 (suplemento), pp.: 231-264.

_____ (2009): *El sendero del tiempo y de las causas accidentales. Los espacios de la prehistoria en la Argentina, 1850-1910*. Rosario: Prehistoria.

Podgorny, I. y Lopes, M. M (2008): *El desierto en una vitrina. Museos e historia natural en la Argentina*. México: Limusa.

Pupio, Alejandra (2005) "Coleccionistas de objetos históricos, arqueológicas y de ciencias naturales en museos municipales en la provincia de Buenos Aires en la década de 1940", *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, v. 12 (suplemento), pp.: 205-229.

Rojas, R. (1915): *La Universidad de Tucumán. Tres conferencias*, Buenos Aires: Librería argentina de Enrique García.

Serrano, A. (1927): *Memoria Anual correspondiente a 1926 del Museo Escolar Central de la Provincia y Nómina de Contribuyentes*. Paraná.